

LA PEÑOLA,

SEMANARIO CIENTÍFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON GARRILLO DE ALBORNÓZ,

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Un mes. 2 reales.—Trimestre. 5.

FUERA DE LA CAPITAL.

Un mes. 3 reales.—Trimestre. 8.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 40, bajo, y en las principales librerías de esta Capital. Toda la correspondencia dirigida a nombre del Administrador DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

ADVERTENCIA.

Damos á la venta el presente número de nuestro periódico, como un medio no mas de propaganda y para que llegue á conocimiento de muchas de las personas, que por olvido involuntario de la Administracion ó por no saber las señas de su domicilio hayan dejado de recibir el prospecto.

Cumplido este propósito, desde el número inmediato solo se servirá la suscripcion.

EL ARTE.

Hé aquí una palabra que todo lo encierra: sus cuatro letras abarcan la inmensidad; representan la tradicion, las costumbres, las leyes, el cielo y la tierra, el tiempo y la existencia, épocas que fueron, dias que yacen olvidados, generaciones enteras, la luz y la sombra.

El hombre pensador, el hombre que siente aun sin ser artista, inclina la cabeza y dobla la rodilla en el polvo, ante ese poder maravilloso que todo lo dice, que todo lo enseña, ya con el colorido de una paleta sublime, ya con los relieves que marca en una tosca piedra un delicado cincel, ó con las notas arrancadas de un instrumento por un músico inspirado.

El arte es tan antiguo como la humanidad; nació con el hombre que ama lo bello, lo ideal, lo simbólico, lo misterioso. No es su origen la sabiduría, es la hermosura; no es su causa la fuerza, es la necesidad: es hijo del sentimiento, y el sentimiento se refleja en ese tesoro divino.

Pobre y humilde en la primavera de su vida, imita la naturaleza y se esfuerza por copiar la luz de los cielos en brusca piedra, en mal labrada tabla, y aun en las hojas de los árboles entrelazadas

con la sonrisa de aquellos hombres que vieron correr sus dias en el bosque ó en la montaña, en la orilla del mar ó en las márgenes del murmurante arroyuelo. Entonces la vida del arte se asemeja á la del artista; es sencilla, modesta y solo grande en la verdad que rebosa.

Pero las revoluciones de los tiempos se suceden, las ambiciones se agitan, la soberbia se levanta amenazadora con la torre de Babel, y allí en sus muros, pendiente de sus gigantescos brazos, el arte eleva su cabeza, sonríe desdeñoso á su pasado, contempla indiferente la cabaña en donde moró, y ya no solo quiere retratar las flores y las fuentes, el sol que abanza y el crepúsculo que muere, sino que en colosales edificios y en sombrías murallas, quiere grabar el fausto y el lujo, la vanidad y el orgullo, obras inmensas, esculturas magníficas, ostentosos labrados, estátuas admirables, provocativas pinturas, figuras incomprensibles, la locura humana, el delirio, en fin, de generaciones que nacen.

Salomón edifica un templo grandioso inspirado por su sabiduría y soñado en sus noches de fiebre: el oro, la plata, las piedras preciosas, los mas brillantes metales, los mármoles mas escogidos, adornan sus pórticos, sus vestíbulos, sus graderías, sus riquísimas y airosas columnas, sus esbeltas torres, cuyas agujas desafían á los cielos como si la cólera de Dios fuera á descender sobre ellas. El arte extrema su poder é inteligencia, y para fundir las estátuas y los vasos sagrados del templo, busca en un llano cerca del Jordán, entre Lartan y Lucot, una tierra arcillosa, compacta y brillante, que luego transforma con sus sublimes manos.

El inmortal Hiram, maestro infatigable, crea al arte una nueva época, la de su adolescencia. Desde entonces su progreso es casi indefinido, y merced á él, Semiramis hermosa á Babilonia, Cécopre á Atenas; se construyen los soberbios baluartes de Ninive, los templos de Balbek, los palacios de Persépolis, las pirámides de Egipto, los

colorchecker CLASSIC

calibrite

G-H 157

△

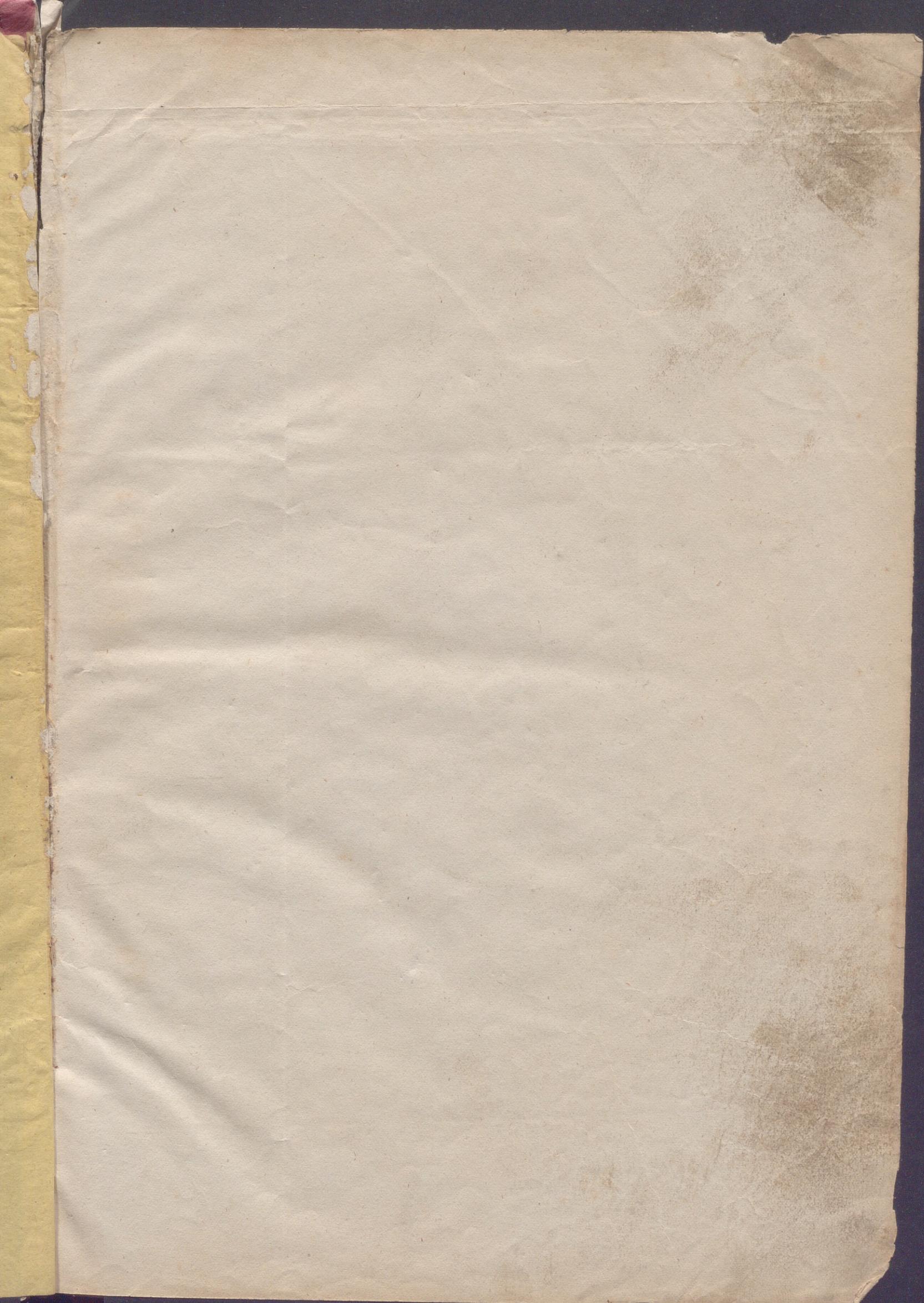
N/3959

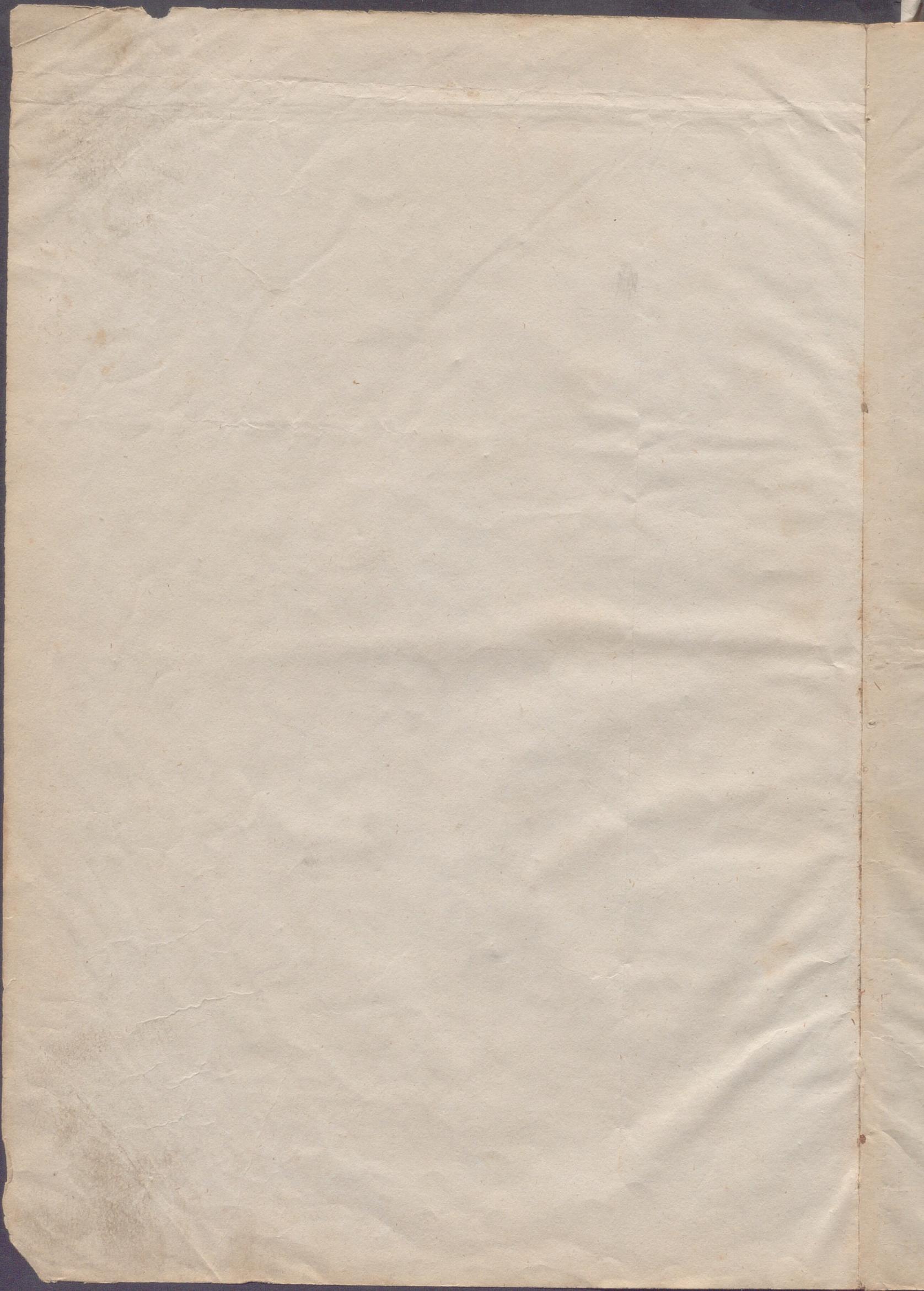
A B C

E F G R

t. 87172







LA PEÑOLA,

SEMENARIO CIENTÍFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON GARRILLO DE ALBORNÓZ,

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Un mes. 2 reales.—Trimestre. 5.

FUERA DE LA CAPITAL.

Un mes. 3 reales.—Trimestre. 8.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración del periódico, calle del Prado, núm. 10, bajo, y en las principales librerías de esta Capital.
Toda la correspondencia dirigirla a nombre del Administrador
DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

ADVERTENCIA.

Damos á la venta el presente número de nuestro periódico, como un medio no mas de propaganda y para que llegue á conocimiento de muchas de las personas, que por olvido involuntario de la Administracion ó por no saber las señas de su domicilio hayan dejado de recibir el prospecto.

Cumplido este propósito, desde el número inmediato solo se servirá la suscripcion.

EL ARTE.

Hé aquí una palabra que todo lo encierra: sus cuatro letras abarcan la inmensidad; representan la tradicion, las costumbres, las leyes, el cielo y la tierra, el tiempo y la existencia, épocas que fueron, dias que yacen olvidados, generaciones enteras, la luz y la sombra.

El hombre pensador, el hombre que siente aun sin ser artista, inclina la cabeza y dobla la rodilla en el polvo, ante ese poder maravilloso que todo lo dice, que todo lo enseña, ya con el colorido de una paleta sublime, ya con los relieves que marca en una tosca piedra un delicado cincel, ó con las notas arrancadas de un instrumento por un músico inspirado.

El arte es tan antiguo como la humanidad; nació con el hombre que ama lo bello, lo ideal, lo simbólico, lo misterioso. No es su origen la sabiduría, es la hermosura; no es su causa la fuerza, es la necesidad: es hijo del sentimiento, y el sentimiento se refleja en ese tesoro divino.

Pobre y humilde en la primavera de su vida, imita la naturaleza y se esfuerza por copiar la luz de los cielos en brusca piedra, en mal labrada tabla, y aun en las hojas de los árboles entrelazadas

con la sonrisa de aquellos hombres que vieron correr sus dias en el bosque ó en la montaña, en la orilla del mar ó en las márgenes del murmurante arroyuelo. Entonces la vida del arte se asemeja á la del artista; es sencilla, modesta y solo grande en la verdad que rebosa.

Pero las revoluciones de los tiempos se suceden, las ambiciones se agitan, la soberbia se levanta amenazadora con la torre de Babel, y allí en sus muros, pendiente de sus gigantescos brazos, el arte eleva su cabeza, sonrie desdeñoso á su pasado, contempla indiferente la cabaña en donde moró, y ya no solo quiere retratar las flores y las fuentes, el sol que abanza y el crepúsculo que muere, sino que en colosales edificios y en sombrías murallas, quiere grabar el fausto y el lujo, la vanidad y el orgullo, obras inmensas, esculturas magníficas, ostentosos labrados, estatuas admirables, provocativas pinturas, figuras incomprensibles, la locura humana, el delirio, en fin, de generaciones que nacen.

Salomón edifica un templo grandioso inspirado por su sabiduría y soñado en sus noches de fiebre: el oro, la plata, las piedras preciosas, los mas brillantes metales, los mármoles mas escogidos, adornan sus pórticos, sus vestíbulos, sus graderías, sus riquísimas y airosas columnas, sus esbeltas torres, cuyas agujas desafian á los cielos como si la cólera de Dios fuera á descender sobre ellas. El arte estrema su poder é inteligencia, y para fundir las estatuas y los vasos sagrados del templo, busca en un llano cerca del Jordán, entre Lartan y Lucot, una tierra arcillosa, compacta y brillante, que luego transforma con sus sublimes manos.

El inmortal Hiram, maestro infatigable, crea al arte una nueva época, la de su adolescencia. Desde entonces su progreso es casi indefinido, y merced á él, Semíramis hermosa á Babilonia, Cécopre á Atenas; se construyen los soberbios baluartes de Ninive, los templos de Balbek, los palacios de Persépolis, las pirámides de Egipto, los

monumentales circos de la Roma pagana; y así la tosca arquitectura de los Pelasgos como el célebre templo de Boro-Bador, llevan en su faz el sello que les prodiga una semi-eternidad.

La pintura estiende tambien sus vuelos, y la música se deja oír arrebatadora como una de esas armonías que parecen brotar de lo infinito para tornar á lo inmenso. Roma llega á encerrar todo lo ideal del artista; el sentimiento conmovedor del poeta, la pasión inspirada del músico, la concepción irradiosa del pintor, la magestad del arquitecto. Dentro de sus muros hacina obra sobre obra, destruye y crea, y une en raro contraste, en mistificación hiperbólica, lo pesado y lo ligero, la virtud y el vicio, la liviandad y la pureza, la fé y el escepticismo, lo mordaz y lo severo, lo pequeño y lo grande. Pero siempre copiando la naturaleza, imitando las costumbres, marcando las tendencias de la humanidad, girando cual ella. Solo en Oriente aun se conserva lo caprichosamente hermoso, lo terriblemente voluptuoso de aquellos tiempos. Europa, destruido el imperio romano y esparcidas por la tierra las doctrinas del Mártir, acepta resignada la revolución del arte. Sustituye el bello pórtico con el severo átrio, la elegante columna con la maciza torre, los circos y los anfiteatros, con los templos, aquellas mansiones encantadas de la molice y el sensualismo, con los sombríos palacios del magnate, cuya hija no mancha su pureza con la vista de pinturas lascivas é incitantes, sino que la sostiene contemplando cuadros místicos; ni deleita sus oídos con músicas provocativas, sino con notas melancólicas que se pierden en las bóvedas de los templos consagrados á la flor de Galilea.

Ya no se elevan á los ojos del pueblo la estatua de Venus ni de diosas venales; se alzan imágenes de santos á los que rinde supersticiosa adoración; ya no se pintan Bacantes ni Sátiros, se trazan imágenes y pasajes bíblicos: muere la licencia y el escándalo en el arte, y nace el fanatismo y la fé ciega tan nociva como el escepticismo.

La irrupción de los bárbaros sumerge el arte por un momento en las sombras y le postra; pero vienen los árabes, y allí donde sientan su planta, imprimen toda la rica poesía de su imaginación ardiente y soñadora, la voluptuosidad y languidez de sus hábitos.

Sin embargo, la Europa cristiana conserva la nueva faz dada al arte, y ya sea su estilo el severo dórico y toscano, ya el hermoso jónico, ya el caprichoso corintio, en todos se refleja su misticismo, sus creencias y su fé.

Así lo demuestran las obras de la Edad media; las líneas de su arquitectura son pesadas pero magestuosas; sus pinturas tristes pero admirables; su música..... ¡ah! ¡la música de la Edad media id á los templos á oír; id á escuchar esas notas desprendidas del órgano que descendían sobre los creyentes como una lluvia de rocío; id á aspirar esa armonía religiosa que consuela el alma del que tiene fé, que alegra al que cree, que entristece al

escéptico, que desespera al que duda; observad como sus notas son graves, sentidas, misteriosas, y en su misterio y en su gravedad, hallareis los restos de un mundo que fué, que pasó para no tornar jamás.

Hemos dicho que pasó; y en efecto, el arte se ha transformado después con el Renacimiento, volviendo á abarcar algo del capricho y el desorden, mucho del lujo y la soberbia de la Roma antigua. En el siglo XVII, la ciudad Eterna, esa hoy como ayer y como siempre desenfadada Mesalina que baña sus pies en las inquietas ondas del Tíber, es en lo artístico un trasunto de aquella época. Poco importa que un Miguel Ángel, que un Rafael, que un Murillo y tantos otros genios la enriquezcan con sus incomparables imágenes, con sus cuadros religiosos, con sus grandes obras que simbolizan la Iglesia, si en sus palacios y por doquier se ven esculturas mitológicas, pinturas obscenas, y si aun en el mismo Vaticano se contemplan obras que solo pudo construir algún artista sediento de placeres, ébrio de una gloria insensata, y enfermo por la fiebre de las pasiones.

El arte, hermano carnal, digámoslo así, de la humanidad, ha seguido las vicisitudes de ésta, sus evoluciones; ha tenido como ella sus creencias, ha participado de sus misterios, de su filosofía, de sus costumbres, se ha impregnado de su esencia, y como el género humano, ha rodado empujado por esa fatal mano que se siente, pero que no se vé ni se toca.

Desde el siglo XVI, rotas las cadenas del feudalismo, presentóse la brillante estrella que habia de conducirle al oasis de la gloria. La razón humana libre de la presión señorial dió espacio á sus concepciones; la música se remontó hasta lo infinito, la pintura trasladó al lienzo las impresiones recogidas en la historia, en las leyendas, en los poemas y hasta en los cuentos, y la arquitectura si bien ha variado mudando el traje y la expresión, no por eso deja de ser ménos bella, aunque por desgracia más adaptada á la árida prosa de nuestra existencia.

El arte ha llegado hoy casi á su perfección, é identificado con el progreso y con las nuevas ideas que agitan á la sociedad, no reconoce autoridad, no encuentra límites ni trabas, y aun pudiéramos decir que no tiene fé, ni altar, ni freno.

REMIGIO VEGA ARMENTERO.

LA LOCA DE LA FUENTE.

En un pueblecillo de la montaña de Leon, vivía Eloisa; la aldeana más bella de aquellos contornos.

Era alta y esbelta, blanca y pálida como el reflejo de la luna en una noche serena. Sus formas purísimas eran dignas del pincel de Murillo y su abundante cabellera de ébano formaba magnífico contraste con su tez de nieve. Su mirada era indescriptible y dejaba adivinar el mundo de ternura que debía atesorar su corazón.

Contaba diez y nueve años y era sencilla como la palabra de un niño.

¡Qué feliz vivía Eloisa entre los riscos de aquellas montañas!

Mas ¡ah! pronto perdió su felicidad; pronto sustituyeron á sus sencillas alegrías, los pensamientos abrasadores de un amor que absorbía su alma entera y pronto dejó de ser la niña inocente para convertirse en la muger apasionada.

Un jóven de la Córte había llegado á la aldea á reponer su salud quebrantada.

Se vieron y se amaron. Eloisa con toda la vehemencia de su corazon; el jóven cortesano con el entusiasmo del momento que muchas veces se confunde con una verdadera pasion.

Mas ¡ay! Eloisa tuvo que luchar por su virtud y en esta lucha del amor y del deber sucumbió su fortaleza, no sin derramar amargas y abundantes lágrimas. Pero creyó en los juramentos. ¡Pobre niña!

Despues llegó el día en que Alfredo tuvo que regresar á la Córte y Eloisa fué á darle su último adios á una fuente que habia al lado del camino, mudo testigo de sus juramentos.

La despedida fué tierna, conmovedora. Arturo juró volver pronto para unirse á la jóven que le habia sacrificado mas que su existencia y un beso ardiente, un doble suspiro mejor dicho, unió sus lábios como el amor habia unido sus almas.

Arturo partió.

Eloisa le siguió con la vista largo rato sumergida en una dolorosa meditacion, de la que vino á sacarla la voz de una aldeana que cantaba:

La palabra que me distes
bajo el arco de una fuente,
como estabas junto al agua
¿la llevará la corriente?

Pasó algun tiempo. Eloisa tenía un hermoso niño que la habia costado su mas preciada joya y sus mas queridas ilusiones. Alfredo no habia vuelto.

Siguieron corriendo los dias y los meses y Eloisa nada supo de él.

Para mayor desgracia la muerte le arrebató lo único que le unia á este mundo. Murió su hijo.

Y como si Dios hubiese dispuesto que sufriese mas de lo que puede resistir el corazon humano, el mismo dia supo que Alfredo se habia casado en Madrid sin acordarse de la pobre aldeana.

Desde aquel día se apagó el fulgór de sus bellos ojos, las rosas de sus megillas se marchitaron y el rudo golpe que habia sufrido trastornó su razon.

¡Estaba loca!

Pero su locura era una de esas locuras dulces, tranquilas.

Todos los dias iba á la fuente donde por última vez viera á su amante y recordando la cancion de la aldeana como en otra ocasion, cantaba ella con melancolía indescriptible.

La palabra que me distes
bajo el arco de esta fuente,
como estabas junto al agua
se la llevó la corriente.

PABLO LEON GIMENEZ.

APUROS DE LA VIDA.

Era una tarde de invierno.

El cielo estaba despejado, sereno, y engalanado con su más rico ropage, se extendía ante mi vista como la representacion exacta del vacío.

Los bolsillos de mi chaleco debian ser tambien azules como el cielo de aquella tarde; por lo ménos eran el vacío completo.

Mis sueños no eran dorados; ambicionaba solamente poseer un duro; luego eran de plata. Mi capital se reducía á un ochavo tunecino y un céntimo de peseta: ¡ni siquiera reunia un cuarto! Necesitaba por lo ménos ochenta y cinco, (vulgo diez reales), ó lo que es lo mismo, una butaca para Calderon.

Tenia que asistir al teatro indefectiblemente. Iba una preciosa morena con quien yo sostenia relaciones amorosas.

Calculen Vds. mi desesperacion: ¡tener que ir al teatro y no poseer un cuarto...! ¡oh, era horrible!

Ante tan apurado trance me propuse una resolucion heróica: empeñar mi reloj. Eché, pues, mano al bolsillo y... ¡oh dolor! entonces recordé que estaba ya empeñado.

¿Qué hacer? Me acordé de mi amigo Luciano que siempre tiene un duro de sobra. Acariciado por la esperanza salí á la calle y llegué á casa de mi amigo como Vds. pueden figurarse, con la rapidéz del que vá en busca de un duro.

Subí, llamé estrepitosamente, abrieron y —Está Luciano, pregunté. —Se ha marchado esta mañana á Madrid, me contestaron.

Me quedé como el que vé resucitar á su suegra. Aquel viage habia echado á perder mi salvacion: era una marcha intempestiva; por lo ménos á mi me lo parecia.

Torné á mi casa desesperado, alimentando la lúgubre idea de pegarme un tiro: pero como nadie se muere hasta que Dios quiere, recordé que no tenía ni siquiera una pistola de chispa. Mi desesperacion creció como la espuma, y ya iba á estallar terrible cuando en aquel punto, sonriente, provocativa y zalamera, entra la criada y me entrega una carta urgente, segun el sobre.

La abrí: era de mi morena.

«Querido Luis, decia. esta noche voy al teatro como sabes: hemos tomado butacas y adjunta te mando una cuyo número es el siguiente al de la mia. No dejes de ir, pues te espera tu «María.»

Di un salto de gozo, digno de Leotard: aquella carta me habia salvado. Bendije cien veces á María por su prevision, y canté otras cien aquello de

«¡Oh carta adorada

Me hicistes feliz, etc.»

Quando mi alegría se hubo calmado, escribí á mi familia pidiendo... lo de costumbre, esto es, dinero. Luego me vestí, y contoneándome como un paquebot americano, fui á echar la carta al correo entretanto que llegaba la hora de ir al teatro. Mis ideas habian cambiado completamente: tambien el cielo habia cambiado, pues empezaba á llover. Sin embargo, á mi me parecia más despejado.

Deposité la carta en el buzón, y desde allí me dirigí al teatro. Á su puerta me detuve, saqué la carta de María donde tenía la butaca, y... ¡horror! me lancé á todo escape en dirección al correo.

Habia echado su carta en vez de la que yo habia escrito á mi familia. Referí el caso á un empleado. —Lo siento, me dijo con una calma que me pareció criminal, pero yo no puedo abrir el depósito de las cartas porque no tengo la llave; vuelva V. á las once que estará el Sr. Administrador, y es cuando se abre para mandar al tren la correspondencia. —¡Pero hombre de Dios, si necesito la butaca para esta misma noche! á las once ¿para qué la quiero? —Pues amigo, añadió con una calma todavía más criminal, lo siento, pero yo no puedo hacer nada.

Á todo correr, como quien huye, sali del correo decidido á arrojarme al canal; pero me arrojé en los brazos de un amigo que afortunadamente pasó por allí. Jadeante, lanzando espuma por la boca, respirando fuerte, le cuento mi equivocacion y le pregunto si lleva dinero. —Sí, ¿cuanto quieres? —Diez reales para una butaca. —Eso es un capital de Banquero; el mio es de veinticinco céntimos de peseta; tómalos. —¿Y qué hago con ellos? le pregunté. —Comprar una contraseña, entrar, ver á tu novia y disculparte como puedas.

Me pareció una idea aceptable y la puse en práctica. Me fuí al teatro y á un chiquillo que ofrecía contraseñas le compré una. La entrego al portero de entrada y... —Gracias al diablo que te cojemos, me dijo. Aquí está el caballerito de las contraseñas falsas.

Me quedé más blanco que una muger cuando sale del tocador. —Pero... si la he comprado ahí fuera hace un momento, fué lo único que pude articular. Eso ahora lo veremos. Llamaron á dos polizontes y... espanto, desolacion; poco despues un señorito más, dormido en la cárcel de retencion donde no estuve más que ocho dias, gracias á que el Alcalde era *muy amigo* mio. Cuando regresé á mi casa me entregaron otra carta de María. «Eres un ingrato, un pérfido, me decía, y *todo* ha terminado entre nosotros.»

Y no hubo más remedio: la escribí refiriéndola mis desgracias, pero en vano, no quiso creerme, y con ella perdí la esperanza de mejorar de fortuna.

En tanto el sol volvió á lucir su rubia cabellera en el azulado firmamento, y cuando al siguiente dia le contemplé tan sereno y despejado, no pude contener un suspiro y esta exclamacion:

¡Tambien mis bolsillos continúan despejados!

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

El hombre es la modestia mal entendida.
Siente mas de lo que dice y se hace peor de lo que es.

La envidia es la abdicacion del individuo.
El envidioso reniega de su ser y se desprecia á si mismo.

El orgullo es un muelle de acero.
Cuanto más le queráis reprimir, mas riesgo correis de lastimaros.

El dinero puede compararse á la oscuridad.
Con él, nadie vé vuestras faltas.

La duda es una prueba del talento.
Solo el necio deja de dudar.

El trabajo es un segundo apellido.
Más que por el nombre se nos conoce por lo que somos.

La poesia es una mariposa.
El corazon la crisálida.

La inocencia es una fruta que no se puede comer mas que verde.
El tiempo que debía sazonal, la hace imposible.

El egoismo es un paraguas.
Cómico para el que lo lleva y molesto para los demás.

La virtud es como el esmalte de la mariposa.
Apenas los dedos del vicio la profanan, se convierte en polvo.

El anónimo es el fruto de la envidia.

El desengaño es un maestro torero.
Enseña matando.

La constancia es una coraza que vulnera la muger.

La felicidad es un oasis desconocido.
La caravana de la humanidad le busca sin descanso y muere sin haberlo alcanzado.

El tiempo es la mano de una devota.
Los años su rosario.
La muerte su amen.

L. CARRILLO DE ALBORNÓZ.

CHARADA.

Mi *prima* y *tercera* se encuentra en los rios;
Primera y *segunda* cercando se vé;
La *tercia* en la escala: la *cuarta* en los toros,
Y es ciudad el *todo*. ¿Sabe V. cuál es?

(La solucion en el próximo número.)

Advertimos á nuestros suscritores, que segun vayan terminando los tomos de novela y álbum, se les servirá gratuitamente una elegante portada para que puedan encuadernarlos.

No lo hacemos en su principio porque sería privar de lectura á nuestros favorecedores.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia
DE GAVIRIA Y ZAPATERO.

ANGUSTIAS, 1.